

Casa

de las Américas 238

enero-marzo / 2005

**EL SIGLO
DE ALEJO CARPENTIER**

***Venezuela y Cuba:
hacia el ALBA***

**Del Premio Literario 2005
(y convocatoria para 2006)**



DORIS WIESER

La reinvencción de América y la ironización del Descubrimiento

Los pasos perdidos y *El arpa y la sombra*
a la luz de un discurso ideológico

I. Introducción

En este trabajo pretendemos contrastar la capacidad de concebir y percibir la otredad del nuevo continente en los personajes de dos novelas de Alejo Carpentier, *Los pasos perdidos* (1953) y *El arpa y la sombra* (1978), tomando como punto de partida la teoría del historiador mexicano Edmundo O'Gorman, quien en su famoso trabajo *La invención de América* (1958), discute la historia de la *idea* del Descubrimiento, y muestra distintas etapas en la evolución ideológica por parte de los europeos, en cuanto a su concepción del Nuevo Mundo. O'Gorman parte de considerar que el propósito primordial del viaje de Colón era llegar al extremo oriental de la ya conocida Asia. Sin embargo, la empresa fue interpretada pocos años después como un viaje de Descubrimiento. Debido a que Colón no tenía conciencia sobre lo que realmente encontró, llamarlo «descubridor» resulta inadecuado. «Ni las cosas, ni los sucesos son algo en sí mismo», escribe O'Gorman, «sino que su ser depende del sentido que se les conceda dentro del marco de referencia de la imagen que se tenga acerca de la

realidad en ese momento.»¹ Esta concesión de sentido, o «invención», se da en un lento proceso que O'Gorman divide en tres etapas: primera, las *ideas previas* en la mentalidad de Colón; segunda, sus «hipótesis con fundamento *a priori*» formadas a partir de las *ideas previas*; tercera, las «hipótesis con fundamento *a posteriori*», que resultan de pruebas empíricas.

II. La visión de América del Colón histórico según O'Gorman

En la época de Colón regía la creencia de que el infinito y perfecto universo había sido creado *ex nihilo* por Dios, cuya soberanía era un hecho incuestionable. Según la opinión general, la Isla de Tierra (los tres continentes, Europa, África y Asia) cubría la mayor parte del planeta. No podía haber más continentes porque la división tripartita del mundo se explicaba con fundamentos bíblicos –los tres continentes eran las tierras de los tres hijos de Noé– de modo que América era totalmente imprevisible. A fin de alcanzar el patrocinio de los reyes para su empresa, Colón manipulaba algunos datos empíricos (como el perímetro de la tierra) y afirmaba lo imposible: que podía llegar a Asia navegando hacia el oeste. Cuando el genovés avistó tierra, estaba persuadido de que había llegado a los litorales del extremo oriente de la Isla de Tierra (*i.e.* a Asia), donde esperaba encontrar todos los maravillosos lugares de los que hablaba Marco Polo en sus relatos de viaje (O'G., *passim*). El valor comercial de las tierras descubiertas aseguraba y legitimaba la empresa, por lo cual Colón se veía forzado a encontrar oro, piedras preciosas y especias.

Sin embargo, las expectativas de Colón no podían corresponder a la realidad objetiva, porque una idea o imagen frente a la complejidad de lo real resulta un esquema reduccionista, que le impide al hombre abrirse libremente hacia un ser diferente y percibirlo en su peculiaridad. Las expectativas del Almirante contemplaban

lo que indicaban el contexto histórico y la tradición libresca. A pesar de que los hechos nada comprobaban, Colón no se desprendía de su *idea previa* de que había llegado a Asia. Interpretaba todo lo que oía y veía como si fuera una prueba empírica de su creencia, y de este modo, a pesar de muchos desencantos y engaños, incansablemente recuperaba la esperanza (O'G., 84). Por consiguiente, distorsionaba o transfiguraba la realidad en función de la expectativa. Para describir este proceso, O'Gorman usa el término «hipótesis con fundamento *a priori*», ya que se trata de una hipótesis incondicional, necesaria consecuencia de una idea ya hecha; y concluye que no podemos atribuir otro significado al primer viaje de Colón sino el de haber dado a las tierras encontradas el sentido de pertenecer al *orbis terrarum* (O'G., 87). Las integra al mundo ya conocido y no reflexiona sobre la posibilidad de encontrarse ante un ente completamente distinto.

En su tercer viaje (1498) Colón encontró el delta del Orinoco y se vio forzado a admitir la existencia de un continente, un *orbis alterius*, lo que equivalía a una afirmación herética. Y no sabía cómo posicionarse frente a sus propias afirmaciones, y planteó una idea fantástica para atenuar el dilema: Esta tierra era el mítico «Paraíso Terrenal» que hacía parte del *orbis terrarum* (O'G., 106). Aunque admitía la separación física de los dos orbes, insistía en la unión moral, al ubicar lo nuevo en el mismo mundo de siempre.

Colón no llegó a concluir la invención de América porque no se distanció de su primera hipótesis. En el año 1501 Américo Vespucio emprendió un viaje con el objetivo de circunnavegar el globo. A diferencia de Colón, Vespucio derrumbó la *idea previa* de la época y postuló en contra de ella su nueva afirmación, basándose en datos empíricos: los litorales explorados pertenecían a un «nuevo mundo». Por consiguiente, O'Gorman aquí habla de una «hipótesis con fundamento *a posteriori*» (O'G., 127). Esta nueva hipótesis abre «la posibilidad [...] de concebir a la totalidad de las tierras halladas de un modo que desborda el marco de las concepciones y premisas tradicionales» (O'G., 128).

La invención de América, según O'Gorman, es el «resultado de un complejo proceso ideológico que aca-

¹ Edmundo O'Gorman: *La invención de América*, México, 2001, p. 57. En lo sucesivo la paginación de las citas de esta obra se indica entre paréntesis, con las iniciales del apellido del autor, O'G., y la numeración correspondiente.

bó, a través de una serie de tentativas e hipótesis, por concederles [a las tierras halladas] un sentido peculiar y propio, el sentido, en efecto, de ser la "cuarta parte" del mundo» (O'G., 135 y ss.). En vez de sentirse como un ente predeterminado en un mundo inalterable, el hombre empezó a concebirse como «dotado de un ser abierto, el habitante de un mundo hecho por él a su semejanza y a su medida» (O'G., 141).

III. La reinención de América en *Los pasos perdidos*

Al contrario de Colón, el protagonista de *Los pasos perdidos* ya parece conocer el Nuevo Mundo. Su imagen de América es la del hombre moderno del siglo xx que se basa en conocimientos empíricos y racionalistas. América ahora es un mundo supuestamente ya conocido. Por eso si bien el protagonista carece de expectativas concretas, sí cuenta con una *postura previa*, una añoranza indefinida, que determinará su percepción a lo largo de la narración. Esta postura consiste en su desencanto y su decepción intelectuales. El musicólogo tiene un juicio rotundamente negativo sobre su situación y está convencido de que no hay escape posible a otro lugar u otra época mejor que la suya. Un Descubrimiento en el mundo ya descubierto parece ser absurdo: «Pero evadirse de esto [...] era tan imposible como tratar de revivir, en estos tiempos, ciertas gestas de heroísmo o de santidad» (*Pasos*, 7).² Entonces, en el principio ni para él ni para el Colón histórico cabía la posibilidad de la existencia de un «nuevo mundo». Pero si en el caso del Almirante el prejuicio tenía un origen religioso, en el caso del musicólogo es el resultado de un cansancio intelectual que no arrastra una *imagen previa* sino una ausencia de expectativas.

El viaje del narrador va a ser iniciado por la búsqueda de instrumentos musicales primitivos para fines científ-

ficos, comparable a la búsqueda utilitarista de oro y especias por parte de Colón. En el inicio, la función del viaje en ambos casos no es un Descubrimiento. No obstante, una vez cumplida su misión (algo que Colón nunca logra), el musicólogo continúa el viaje. Vislumbra la posibilidad de haberse equivocado e inconcientemente encuentra lo que le parecía imposible: una puerta a un «Mundo Mejor», lo que para Colón hubiera sido el Gran Khan o el «Paraíso Terrenal». Aquí se rompe el paralelismo entre el proceso de la invención de América en los dos personajes. En cuanto Colón trata aferradamente de comprobar lo que consideraba un hecho indiscutible, el protagonista se deja sorprender o «maravillar» por el nuevo mundo que está descubriendo, porque, a diferencia de Colón, no está buscando nada que obedezca a una imagen preestablecida. Ya tampoco necesita legitimar su empresa (porque encontró los instrumentos), y queda expuesto a percibir la otredad. El mundo se transforma para él otra vez en posibilidad abierta, mientras que Colón sigue preso en la imposibilidad de admitir la novedad. Lo que el narrador-protagonista experimenta en la selva le parece mucho más deseable, mucho más auténtico y superior al mundo civilizado (*Pasos*, 39). En conclusión, su percepción de América es el resultado de un proceso inconciente en vez de una búsqueda concreta y teleológica.

Gracias a esta evolución, el valor de América para el protagonista no se encuentra en un nivel material, sino ideal. El musicólogo cree recuperar antiguas formas del hombre de definirse en el mundo, rescatar la autenticidad de sus actos, su masculinidad frente al principio femenino (a través de Rosario) y su soberanía sobre la tierra, valores originados por un instinto anterior a los conceptos de las sociedades civilizadas. En *Los pasos perdidos*, el «Paraíso Terrenal» no es un lugar idílico, sin amenazas, enfermedades y leyes. Lo paradisíaco consiste más bien en la postura de los hombres que entendieron (a diferencia de Colón) que lo material está en un nivel secundario para la felicidad y que hay uno más arriba, el del hombre como creador que reina sobre la tierra con toda la responsabilidad de un soberano que otorga las leyes: pensemos en el Adelantado (*Pasos*, 193).

² Las referencias de las obras de Alejo Carpentier citadas se indican entre paréntesis con abreviaturas de los títulos y los números de las páginas, y corresponden a *Los pasos perdidos*, Santafé de Bogotá, 1999 (*Pasos*); y *El arpa y la sombra*, Madrid, 1998 (*Arpa*).

Al contrario de los contemporáneos de Colón, la gente de la selva americana se encuentra en un estado abierto hacia el futuro y que permite creer en la fuerza creativa humana, tanto en el sentido práctico como en el artístico. Por eso dice el musicólogo: «Frente al Adelantado he comprendido que la máxima obra propuesta al ser humano es la de forjarse un destino» (*Pasos*, 252). El protagonista logra lo que O'Gorman describe con las siguientes palabras: «Si el hombre se concibe, no ya como definitivamente hecho, sino como posibilidad de ser, el universo en que se encuentra no le parecerá límite infranqueable y realidad ajena, sino como un campo infinito de conquista para labrarse su mundo, producto de su esfuerzo, de su técnica y de su imaginación» (O'G., 75 y ss.).

Al entender la palabra «invención» como «concesión de sentido», el musicólogo «reinventa» América, porque le otorga un nuevo sentido. Su reinversión desvaloriza cualquier marco de referencia prefabricado y materialista. Al mismo tiempo, resalta nuevas cualidades positivas de la otredad en un nivel social como modelo de sociedad responsable y auténtica, y en un nivel individual como fuente de felicidad. Su hipótesis en el primer viaje tiene entonces una base *a posteriori*, porque se deduce directamente de la vivencia.

Al contrario de Colón, el musicólogo encuentra su «Paraíso Terrenal», un mundo «real maravilloso». Se encuentra en aquel mundo insólito de incertidumbre que favorece la percepción de lo real maravilloso, porque agudiza los sentidos hasta un «estado límite» (recordemos el prólogo a *El reino de este mundo*). Sin embargo, no da todos los pasos necesarios para cumplir con «la máxima obra propuesta al ser humano» y por eso tampoco llega a una felicidad duradera. Recae en consideraciones intelectuales y racionales y no consigue borrar los vestigios que una civilización milenaria ha acuñado en su intelecto. Su desprendimiento del mundo moderno queda incompleto y su integración al nuevo mundo imposible porque arrastra sus hábitos (por ejemplo, de investigar y de componer) a un lugar y a un tiempo donde no tienen significado ni sentido. Cuando llega la posibilidad de regresar al mundo moderno, no se resiste a la tentación.

En su segundo viaje ha decidido «forjarse su destino» y regresar a la «tierra de su elección». Ahora cree que logrará escaparse de su época. Presume estar libre de ligaciones con su vida anterior pero no consigue renunciar a componer música para un público, último paso imprescindible para la integración (*Pasos*, 233). Consecuentemente, la entrada al «Paraíso Terrenal» le queda negada (*Pasos*, 268). Sólo entonces se da cuenta de que la vez anterior entró sin saber adónde iba, entró sin conciencia. Pero a un mundo «real maravilloso» no se puede entrar con la razón. El hombre tiene que llegar sin expectativas, sin *ideas previas*. Al igual que Colón, ahora tiene una idea demasiado concreta y cerrada para permitir la novedad de la otredad. Su consciente razonamiento disolvió el «estado límite»: «[...] me digo que la marcha por los caminos excepcionales se emprende inconcientemente, sin tener la sensación de lo maravilloso en el instante de vivirlo. [...] Un día [uno] comete el irreparable error de desandar lo andado, creyendo que lo excepcional pueda serlo dos veces» (*Pasos*, 269).

La otredad no se deja capturar en una imagen fija porque nunca sigue idéntica a sí misma. Toda la ilusión se deshace cuando se entera de que su amante Rosario no lo ha esperado. El tiempo en el *Valle del Tiempo Detenido* también avanzó, las circunstancias cambiaron, la gente continúa forjándose su destino y no obedece a la imagen o idea previa que uno se hace de ellos. Ahora el musicólogo entiende que su error fue racionalizar la maravilla e interpretarla: «Los mundos nuevos tienen que ser vividos, antes que explicados. [...] El que se esfuerza por comprender demasiado [...] es hombre vulnerable por cuanto ciertas potencias del mundo que ha dejado a sus espaldas siguen actuando sobre él» (*Pasos*, 274).

En el segundo viaje del musicólogo, la creencia en la posibilidad de un escape de su tiempo equivale a una *idea previa* que desemboca en una «hipótesis con fundamento *a priori*», porque su base no consiste en datos empíricamente explicables, sino en la vivencia maravillosa de un personaje en «estado límite». En la distancia, la añoranza transformó esta vivencia en ficción, la idealizó en un proceso parecido al que se ob-

serva en las crónicas de viaje que escribieron personas totalmente sorprendidas y maravilladas. Si bien por momentos el musicólogo llega a este «campo infinito de conquista para labrarse su mundo», al final de la novela se ve arrojado a su condición anterior, a un «mundo delimitado», una «cárcel de racionalismo en la que lo maravilloso continuará siendo ficción inalcanzable».

La «reinención de América» en *Los pasos perdidos* se manifiesta por consiguiente en un nivel ideal y consiste en el entendimiento de que un ente diferente a todo lo conocido, tiene que ser «vivido antes de explicado». Esto quiere decir que en un encuentro con la otredad, la comprensión racional no es lo más importante, sino la interacción y la continua negociación de identidades en confrontación con el otro, nunca igual a sí mismo. En este sentido, el mundo siempre permanecerá como un «campo infinito de conquista».

IV. La ironización del Descubrimiento en *El arpa y la sombra*

Siguiendo nuestra argumentación, la novela *El arpa y la sombra* se puede leer como un intento de explicar por qué a diferencia del musicólogo, Colón no supo concebir la idea de la particularidad de América. En la segunda parte de la obra, Colón figura como narrador-protagonista. Su discurso interior ante su confesión final pretende ser el discurso verdadero, develando el otro, el de sus *Diarios*, como discurso falso y mentiroso.

Al contrario del Colón histórico, el Almirante novelesco se entera por boca de un marinero judío, Mestre Jacobo, de la existencia de un continente en el oeste, descubierto por el vikingo Leif Eriksson (970-1020). Ante las afirmaciones de su tutor, Colón se ve obligado a repensar la concepción geográfica y metafísica del mundo entero: «toda mi *Imago Mundi*, todo mi *Speculum Mundi*, se me viene abajo...» (*Arpa*, 67); y resuelve desacreditar sus conocimientos anteriores: «Mejor olvidar los mapas» (*Arpa*, 68). A diferencia del Colón histórico, se autodefine desde el principio como un descubridor. El Almirante novelesco parece estar mucho más independiente de la *Imago Mundi* de su época

que su contraparte histórica y por eso es más apto para percibir una realidad diferente. Parece capaz de deshacerse de convicciones prestablecidas, gracias a su gran espíritu aventurero y a su fuerza imaginativa. Permite todavía la novedad en el mundo, lo inesperado, inédito, al contrario del musicólogo fastidiado. Sin embargo, su espíritu sufre dos restricciones en su capacidad perceptiva, una por causas individuales y otra por causas económicas. La restricción que le impone su carácter reside en su extrema ansiedad de crear prestigio para su propia persona. La otra es el resultado de la urgente necesidad de legitimar la empresa económicamente ante los patrocinadores.

Si bien el personaje no comparte la incambiable imagen del mundo de su época, tiene un *objetivo previo* muy determinado, al que va adecuando una imagen capaz de satisfacer sus deseos. Diferente de la *postura previa* abierta del musicólogo, pero similar a la *idea previa* del Colón histórico, el *objetivo previo* del Almirante novelesco predeterminará su empresa. En su primer viaje, el novelesco inicia una búsqueda conciente y teleológica. Conociendo ya la noticia del nuevo continente, no corre el riesgo de adecuar lo descubierto a *ideas previas* y concluir precipitadamente. Pero necesita esconder la verdad y distorsionar los hechos según las expectativas de sus patrocinadores, a fin de no menguar su mérito de descubridor. Fabrica para sus contemporáneos una falsa «hipótesis con base *a priori*». La construcción del discurso fingido lo absorbe a tal grado que la verdad queda en un nivel totalmente insignificante. Colón no tiene tiempo ni ganas de cuestionar la identidad de las nuevas tierras.

Ante los numerosos intentos fracasados de convencer a los Reyes, el Almirante novelesco confía, como último recurso, en su capacidad de persuadir con embustes, es decir, con su retórica: «empecé a [...] sustituir el oro y la carne por Palabras» (*Arpa*, 138). Juega su última carta diciendo: «¡carajo! encontré nada menos que el Paraíso Terrenal» (*Arpa*, 139 y ss.). No lo hace para explicar la existencia de las nuevas tierras dentro del marco de referencia de la época, sino para vanagloriarse. Nada de lo que el Colón novelesco transmite de sus viajes puede ser considerado un intento de

entender la identidad de las tierras. Las imágenes del Nuevo Mundo permanecen en un nivel de retórica hueca de un discurso utilitarista que revela más sobre emisor y destinatario que sobre América.

Lo que al principio en el Colón novelesco parece favorecer su capacidad perceptiva, a fin de cuentas se disipa y Carpentier cuestiona irónicamente el valor histórico de los *Diarios* del Almirante. La imposibilidad de entender las nuevas tierras aquí no se origina de una problemática religiosa o filosófica, sino de un fuerte deseo personal, con lo cual Carpentier ridiculiza la grandeza y el logro de la empresa. En conclusión, el Colón histórico y el novelesco acaban transfigurando la realidad de la misma manera.

El fracaso del novelesco culmina en un conflicto de identidad. Como genovés y judío converso no se siente a gusto ni en España ni en otra parte. Tampoco el Nuevo Mundo le puede brindar la oportunidad de «forjarse su destino», de identificarse con él y volverlo «tierra de elección», porque no entra en interacción mutua con él, como lo hace el musicólogo. Su condición parece ser la de un desterrado en el mundo entero, donde no cabe la posibilidad de encontrar su «única patria posible», y por eso dice: «tu única patria posible [...] es aquella que todavía no tiene nombre, que no ha sido hecha imagen por palabra alguna. Aquello todavía no es *Idea*; no se hizo concepto, no tiene contorno definido, contenido ni continente» (Arpa, 147).

El Almirante novelesco pierde la gran oportunidad de concederle este sentido propio al nuevo continente y por eso no consigue sentirse «dueño de sus pasos», como los hombres de la selva en *Los pasos perdidos*. Al igual que el musicólogo, se ve arrojado a su condición anterior, con la diferencia de que no ha comprendido lo que entendió aquél: que «los mundos nuevos tienen que ser vividos antes que explicados» y —en este caso— explotados. Fiel a la historia, el Colón novelesco no llega a concluir una «hipótesis con base *a posteriori*» adecuada, y en consecuencia no logra ubicarse en el mundo. Sus identidades nacional y religiosa, precarias, se vuel-

ven aún más conflictivas porque él no alcanza a definir-se ante la otredad, con la cual ha establecido un contacto unilateral. América por eso le niega la posibilidad de negociar una nueva identidad de un ser híbrido entre las religiones, los tiempos y los continentes.

Al final, el Colón novelesco, que se estaba preparando para confesar y para desvendar todos los embustes de su vida, resuelve morir con sus mentiras para mantener en la memoria de la humanidad el resto de prestigio que le queda: «diré lo que, acerca de mí, pueda quedar escrito en piedra mármol» (Arpa, 150). Con eso, Carpentier echa una luz muy escéptica sobre las fuentes históricas. Luego ironiza la interpretación de éstas en la primera y en la tercera parte del libro, donde las múltiples versiones de la biografía de Colón se combaten entre sus defensores y contrincantes.

V. Resumen

Para resumir el proceso de la invención de América descrito en los tres personajes, retomamos las respectivas evoluciones ideológicas. En el Colón histórico este proceso pasa de una *idea previa* a una necesaria «hipótesis con fundamento *a priori*», la que no llega a transformarse en «hipótesis *a posteriori*», ya que el genovés no admite que sus premisas son inadecuadas. En cambio, el musicólogo, carente de una *idea previa*, parte de una *postura previa* que se caracteriza por la ausencia de expectativas y que le permite formular una «hipótesis *a posteriori*», en su primer contacto con la otredad. Sin embargo, esta hipótesis se vuelve una *idea previa* y desencadena una «hipótesis *a priori*» en el segundo viaje que fracasa. Finalmente, el Colón novelesco desacredita las *ideas previas* de su tiempo pero tiene un *objetivo previo* que produce el mismo efecto negativo para su percepción como la *idea previa* de su contraparte histórica. Con base en su *objetivo previo*, construye conscientemente una falsa «hipótesis *a priori*», sin hacer el intento de establecer una «hipótesis *a posteriori*». ♦